



HUMBERTO DIAZ CASANUEVA

REQUIEM

CUADERNOS
AMERICANOS



HUMBERTO DIAZ CASANUEVA

REQUIEM

*Para el pto. Universidad
Antonio de Padua
en saluda
H. Díaz Casanueva*

*feb. 45
H. Díaz Casanueva*

EDICIONES
CUADERNOS AMERICANOS

MEXICO

1945

*Todos los derechos de propiedad
asegurados conforme a la ley.*

COPYRIGHT, 1944 BY
CUADERNOS AMERICANOS

IMPRESO Y HECHO EN MEXICO
PRINTED AND MADE IN MEXICO

IN MEMORIAM

MANUELA CASANUEVA DE DIAZ

1887-1944

*"Levantáronse sus hijos y la predicaron
por beatísima; y su marido también la
alabó".*

PROVERBIOS. XXXI, 28.

RÉQUIEM

I

COMO un centinela helado pregunto: ¿quién se esconde en el tiempo y me mira?

Algo pasa temblando, algo estremece el follaje de la noche, el sueño errante afina mis sentidos, el oído mortal escucha el quejido del perro de los campos.

Mirad al que empuja el árbol sahumado y se fatiga y derrama blancos cabellos, parece un vivo.

Pero no responde nadie sino mi corazón que tiran reciamente con una larga soga.

Nadie, sino el musgo que sigue creciendo y cubre las puertas.

Tal vez las almas desprendidas anden en busca de moradas nuevas.

Pero no hay nadie visible, sino la noche que a menudo entra en el hombre y echa los sellos.

¡Oh, presentimiento como de animal que apuntan! Terrible punzada que me hace ver.

Como en el ciego, lo que está adentro alumbra lo distante, lo cercano y lo distante jùntanse coléricos.

Allá muy lejos, en el país de la montaña devoradora, veo unas lloronas de cabelleras trenzadas.

que escriben en las altas torres, me son familiares y amorosas, y parece que dijeran

“unamos la sangre aciaga”.

¿Hacia dónde caen los ramilletes? ¿por qué componen los atavíos de los difuntos?

¿quién enturbia las campanas como si alguien durmiera demasiado?

Aquí me hallo tan solo, las manos terriblemente juntas, como culebras asidas y todo se agranda en torno mío.

¿Acaso he de huir?, tomar la lancha que avanza como el sueño sobre las negras aguas? No es tiempo de huir, sino de leer los signos.

¡Cómo ronda el corpulento que unta la espada! las órdenes horribles sale a cumplir.

De pronto escucho un grito en la noche sagrada, de mi casa lejana, como removidos sus cimientos, viene una luz cegada, una cierva herida se arrastra cojeando, sus pechos brillan como lunas, su leche llena el mundo lentamente.



GRECIA. Cabeza de un relieve funerario ático del S. IV.

II

Ay, ya sé por qué me brotan lágrimas! por qué el perro no calla y araña los troncos de la tierra, por qué el enjambre de abejas me encierra

y todo zumba como un despeñadero
y mi ser desolado tiembla como un gajo.

Ahora claramente veo a la que duerme. Ay, tan pálida, su cara como una nube desgarrada. Ay, madre, allí tendida, es tu mano que están tatuando, son tus besos que están devorando.

¡Ay, madre!, ¿es cierto, entonces? te has dormido tan profundamente que has despertado más allá de la noche, en la fuente invisible y hambrienta?

¡Hiéreme, oh viento del cielo! con ayunos, con azotes, con puntas de árbol negro.

Hiéreme memoria de los años perdidos, trechos de légamo, yugo de los dioses.

A las columnas del día que nace se enrosca el rosario re-
pasado por muchas manos.

y el monarca en la otra orilla restaña la sangre.

y todas las cosas quedan como desabrigadas en el frío
mortal.

¿Acaso no ven al niño que sale de mí llorando, un niño
a la carrera con su capa en llamas?

Yo soy, pues, yo mismo, jamás del todo crecido y tantos
años confinado en esta tierra y contrito todo el tiempo,
sujeto por los cabellos sobre el abismo como cualquier
hijo de otros hijos

pero únicamente hijo de ti. ¡Oh, dormida, cuya túnica,
como alzada por la desgracia llega al cielo y flota
y se pliega sobre mi pobre cabeza!

III

¿PUEDE callar el hombre si está roto por los hados?
jactarse de rumiar su polvo? le basta el silencio como un
caudal sombrío?

¿No pertenecen los sordos himnos a los vivos de la coraza
partida?

Aunque las palabras no puedan guiarnos debajo de las
piedras porque están llenas de saliva,

(son los carozos que arroja la caravana)

yo he de cantar porque estoy muy triste, tengo miedo y
las horas mudas mecen a mi alma.

Yo vuelvo el rostro hacia el lugar donde la sombra cubre
a su recién nacida.

Palpo la piedra oscura que junta los labios, la mojan lá-
grimas y se enciende un poco y tiembla como si todavía
quedaran sílabas cortadas.

Tú eres y no otra, tú que me estás mirando de todas par-

tes y no me pudiste mirar de cerca,
cuando las gradas de piedra aparecieron.
Vi de lejos el ángel que hendía la montaña,
vi tu corona de sudor rodando por la noche,
tu regazo lleno de hielo.

Ahora estamos de orilla a orilla y te llamo y los árboles
se agitan como si fueras a aparecer alumbrada por el
cielo.

Madre, ¿qué estás haciendo tan sola en medio del mar?
Y solamente responde mi propio corazón como un bron-
ce vacío. ¿No tienes una cita conmigo? no me dejarás
entrar en el valle donde vagabundean las castas y los
cuerpos desahogados perseveran?

¿o tal vez no puedo traspasar el umbral porque los muer-
tos se arrojan coronas unos a otros y no me es dado en-
tender los huesos ávidos?

Pero tú sólo estás dormida,
bañada por la luz perpetua del amor
y tu abrasada voluntad vaga entre las cosas terrenas
como un coro desvelado que crece y me arrebatata cuando
te llamo en el silencio.

IV

PERO hay un rincón del mundo donde el árbol tiene una quemadura, un aposento en cierta parte del mundo donde mis manos están presas
y mis días lo llenan y lo que allí fué consumido he de representarlo y nada puede ser eludido,
porque el hombre está hecho de la obediencia a los poderosos pastores,
Yo sé ¿cómo no he de saberlo? Yo sé que allí se encierra el zumbido, el cirio llora sin cesar sobre los tejados y en derredor el vuelo del cielo de las tormentas.
Allí he de llegar como todas las veces al término de un viaje, los regalos atados por una cinta húmeda.
Madre, ¿dónde estás? (Yo esperaré hasta que vuelvas, me dijiste).
¿Dónde está la encina pura en que han hecho alianza los hermosos pájaros?

¿Dónde la gota de ternura del tálamo? la leona de los cachorros?

Y en vano buscaré lo que ahora está solamente dentro de mí y los parientes susurrarán como desvalidos y las hermanas con el rostro débil por el luto me mostrarán el lecho donde las raíces de la muerte crecieron como locas.

¡Oh, no me mostréis, hermanas, oh noble padre herido por el aletazo, no me mostréis las arenas cernidas, la estera de las pisadas!

Pero dejadme repetir "madre, ¿dónde estás?" e impacientarme hasta que el arpa rociada de sangre comience a sonar

y el río nocturno pase ardiendo y una mujer sumergida llena de saetas

pase por mi propia casa y no se detenga y la terrible llaga cunda dentro de mí.

V

Ay, solamente allí, en el mudo aposento donde fué bebido el cáliz

y rota la envoltura sudorosa y recobrado el lado ciego del tiempo

y disueltos los ojos en el fulgor lunar, solamente allí me daré cuenta.

Desde aquí alcanzo a ver las sillas alineadas para los negros huéspedes,

las ofrendas para aplacar a los mensajeros del que extendió el brazo,

alcanzo a oír los chasquidos y las puertas de plata que se entornan.

Y todo allí mismo donde antes en la larga mesa, sin estorbarse, veinte hombres y sus mujeres comulgaban.

Parece que todavía oigo sonar el vino como una ocarina,

el canto de las amistades antiguas y los blancos matrimonios

y los dulces besos que henchían la viña

y el padre con su puñadito de risa comiendo la gallina;
allí el sueño de los sencillos germinaba sin miedo

porque tú eras el conjuro

y a través de tu alma

anudábamos nuestros lazos terrestres.

Mi ser melancólico añora el bien perdido. ¡Ay, madre,
no te supe amar!

Y todo vuelve a la memoria nublado por el llanto,
todo vuelve y rueda al vacío

y un oscuro temor me queda como rastro

y vierto el llanto sobre los despojos,

el llanto del niño que lavará el desierto.

VI

YO el arrodillado, un hombre grande, parece que solamente ahora te descubriera, a ti, la más visible y la menos precedera, la más dolorosa y la que reía coronada de espinas,

la que me hizo pasar de los cubiles a las tiendas del día, escurrido a la orilla del pozo y todavía trabado por los dioses, la que me dió el principio y ahora es la postrera. ¡Oh, tú, en el centro del tiempo!

¿acaso eres solamente la errante que no ha de arribar jamás, la que blanquea el linaje y siempre hilándonos la vida desde su cuerpo alzado como un huso en los círculos secretos?

De rodillas escucho pasar la noche, la enorme noche de barro que pasa por el mundo, aquí en este país tan lejano, donde la nieve parece el llanto congelado de los sueños.

Y por doquiera pañales oscuros palpitantes y alas maternas arrugadas.

Y alguien sola y desnuda me está mirando y rompe sus ataduras,

y sus ojos pasan a través de mi rostro

y una rosa matinal se abre en mis sentidos.

Tu hermoso retrato de doncella ¿cómo puede jamás borrarse?

más apacible surge y palpita en el silencio, transparente surge entre tus dulces cartas.

Pero ¿acaso no fuiste siempre la misma doncella tan viva y presente, la sandalia insomne, la espiga que hacíamos alumbrar todo el día?

la amante que obstinadamente desgarraba el panal

y llenaba de danzas la torre estremecida?

En tus manos, los vasos sagrados,

en tus senos, las mansiones,

en tu frente, la pluma blanca del templo.

Tan pura, tan temporal ¡oh voz celeste, vena clara, busto como un haz de flechas y llevado como un abrazo!

Caminabas como debajo de un palio, sin advertirlo jamás, viniste a servir, no a holgar,

a alzarte como una sementera en que los ángeles daban voces,

toda la casa sentía que velabas, suavemente tus alas dirigían,

y muchísimas eran las tinieblas que tu corazón cazaba
y grande la hoguera que te consumía.
Y ahora lo que manaba de tu alma pródiga ¿quién te lo
ha de retornar? y lo que obtengas ¿cómo has de distri-
buirlo si a ello estabas acostumbrada?
Y si no puedes desde la sombra convidarnos del don ex-
traño que posees al rasgar los velos, si el tumulto te lo
impide y el dédalo no tiene puertas,
¿cómo ha de ser tu congoja ante nuestros platos vacíos?
Allí en el espacio suntuoso, lo que comen los dioses te
parecerá un poco ajeno si no puedes alargar la mano a
través de la tierra, como de una mesa siempre puesta
y alzar de nuevo la cuchara de la fuente.
Yo sé que estás llena de zozobra y confundida pisando
esas veredas brumosas y no sabes qué hacer con el bronce
informe que te sale del cuerpo,
y prefieres los trabajos y el apego a las criaturas
y el poco de eternidad a través de ellas te place más que
el exceso,
y las grietas de la tierra desearía tu amor saciarlas.
Yo te conozco, oh, madre, yo sé que te has olvidado
de apagar
el anillo de oro y el reloj entre los dedos te sigue susu-
rriendo
y las costuras llenas de signos te enredan los pies

y la loza en que asomaba el día sigues secando
y el pájaro que se abismaba en tu pecho sigue oyendo
y las flores que vestías de blanco y rojo sigues regando
y te falta el brasero del invierno para tus lentas manos
ateridas en medio de las aguas.

¡Oh madre infinita, tierra inmensa, vida conforme a los
pactos!

Si tú mueres, muero y en ti me extravió como el buque
en la tempestad
y el que tira tus cenizas contra la peña, a mí mismo me
está estrellando.

Pero si mueres quedas también viviendo a través de mí
como el fruto que una y mil veces sube al monte y no
teme la escarcha y desapareces consumida y tornas a apa-
recer restacada y en tus vaivenes de súbito veo que pasas
por los ojos de mi hija

como una cinta fulgurante

y le templas sus facciones y le soplas el naciente espejo.
¡Oh doncella que descienes montada en un águila, con
una granada en la mano y que eternamente madura
y con hilos de oro que enredas para la fiesta!

La vida y la muerte osas mezclar y tan extraña afinidad
alabo entre visiones.

¡Oh madre mía, te yergues tan segura en el caos terrible
y anhelas sosegarme!

¡Oh esposa maternal, oh hija mía, como lenguas de la
misma antorcha, como tibios eslabones en la sucesión del
tiempo

y libradas de la misma rueda oscura que mueven las
edades,

todas y una sola a la vez, confundidas en la espiral,
ahí en el profundo sueño mortal, transfiguran a mi alma!

Os digo: conjurad la serpiente que viene a beber al seno,
la madre salvará a los chiquitos del rebaño lanzado a la
carrera!

Pues todo hombre entra o sale del mundo, hundido en
una cuna de muchas aguas,

resbala y chispas deja el flujo de su sangre y resbala de
nuevo

y las Madres le pasan la mano llena de ojos.

IX

LA que te hizo una seña desde los reinos estériles, estaba fajada con lino y su simiente seguía derramándose, porque allí hay tantas y tantas madres, subiendo y bajando,

y cubierto de polen el vestido suelto, la escalera de las madres,

cuyo primer tramo como también el postrero ajusta la tiniebla.

(¿Por ventura los dioses son también madres y el cetro que nos golpea crece en las entrañas?)

Allí te aguardaban la anciana de los zarcillos que avisa en los sueños, la que escribe cartas al soldado muriente, la pobre de los suburbios que estira la escudilla, la que sostiene al pobrecito difunto con sus uñas, la higuera secada de raíz.

Y todas hacen señas, piensan que sólo convalecen; como

leonas no sueltan los cordones de la tierra,
abstraídas entre los astros no entienden del poderío de la
muerte

y conciertan visitas a las casas de barro, con las viejas
trompetas tratan de anunciarse.

Y en verdad, ¿no nos sentimos a cada instante concebidos
por ellas? Juntos dormimos, nacemos y nos desprendemos,
anochece y queremos pasar otra vez al seno
y así disponen los inmortales nuestro tránsito.

Tú has de saber algo más sobre esto, los humanos no son
sagaces,

tal vez solamente los pequeños comprenden los prodigios.

Yo sólo sé que andas por corredores húmedos, cauces de
ceniza,

alumbrada por teas,

de pies y manos cogida en la rueda,

allí donde el molinero no permite el habla

y parece que soñarás con los ojos abiertos.

De súbito me siento extrañamente confortado ¿acaso en-
tonces aplastas la cabeza de sierpe, pisas el suave madero
de la luna y úngida por óleos furiosos, atraviesas el puente
que se cimbra entre las dos orillas,

siempre con un niño en brazos, siempre eternamente,
siempre pasándole tu sangre, siempre los sellos ardientes
y dando un gran rodeo

para salvarlo de los muertos?

X

SI pudiera cerciorarme que estás acompañada tiernamente,

que el dios lar te narra viejos sucesos
y no te atemoriza el torvo ceño de aquellos extranjeros
y vuelas acompañada de un tropel benigno!

Nosotros los hijos vamos entrando tan solos en la muerte
y una nube nos envuelve y separa uno del otro y un madero seco se lleva la corriente.

Pero las madres, ¡ay, las madres! ¿no quedan obligadas y regresan ceñidas por los nudos del amor? no nos acompañan en los trances y más tarde salen a recibirnos? ¿no son ellas las que cumplen los ritos perpetuos de la tierra?

y ¿cómo el hombre puede escudriñar los secretos y medir los límites si no lo amamantan?

¡Ay, madre! te implora el niño ¿dónde te encuentras aho-

ra? dónde velas, dónde cuelgas los nidos vacíos y cómo me dictas la sagrada lección?

A veces creo que nos movemos en piezas contiguas, parece que caminaras sobre arenas, como presos nos agitamos y nos entendemos a golpes en el muro.

¿Dónde está el escondrijo y el trueno que lo guarda? los vallados ¿quién los salta? el lienzo que te cubre ¿quién lo entiende?

Te implora el niño, las ascuas revuelve con su mano tan poco ejercitada, su silla coloca junto al barranco.

Te implora el niño y tú no vienes como entonces, cuando salías del muro como una monja brillante, con un pocillo trémulo en la mano y librabas mi alma del gran miedo.

XI

LA establecías de nuevo sobre la tierra, porque esa era
tu misión

y tu lámpara de oro impedía que los lobos se acercaran
demasiado

y en la noche llena de pozos y señales, el torrente de tu
leche era el único sendero.

¡Ay! Yo sé que tu mandato era ponerme en el atrio,
calmarme el designio terrenal

y aguardabas pacientemente que el mocito caminara en
dos pies y agitara cada cosa como un pandero

y mezclado con los pollos del águila o asido al caballo es-
pumoso, con la honda llena de granizo, atravesara el bos-
que y despertara la ciudad,

atribuído al tiempo, repartido entre los semejantes, lle-
no de invocaciones y de himnos.

Y las nociones que me diste fueron llaves,

los pasos que me enseñaste fueron señas,
los ojos que me abriste, torrecillas.
¿Dónde está mi fe ahora? dónde la vida más profunda
que el sueño? la verdad presumida? el entendimiento al-
zado del suelo?

Las nociones que yo mismo he descubierto van saltando
como topos que socavan un muro
y todo en vano porque los ojos están cosidos,
porque los pasos llegan al muro
y nada puedo ver solamente lo que me enseñaste a ver,
y nada puedo nombrar que no sea para confusión
y nada puedo cumplir, solamente la costumbre pura.
¡Ay, madre! aquí en el fondo de mí me gritas y todavía
tratas de guiarme, tu mano tiembla entre mis sentidos,
y entre ellos como una ciega entre frágiles columnas
vas ahora

y me entregas de nuevo la tibia raíz, siempre de nuevo la
enseñanza del amor, las tablas de la vida.

¡Ay, madre! aquí en la noche me gritas, tu vestido puro
se arremolina, como una colina se alza,
como un incendio que consumiera la profundidad del
bosque,
allí donde los dones de la tierra me aguardan todavía.

XII

ESTÁS aquí delante de mí, apiádate, entonces, no necesitas gritarme para que te oiga. He de aprender a invocarte, a interpretar tus ecos.

(Si no te pude decir adiós es porque el adiós no existe entre nosotros).

Te acercas un poco indecisa como una candela en la mano de otro que te aproximara a la ventana y luego te retirara

porque debes alumbrar con más espacio sideral en las bóvedas sin fin y bendita perpetuamente.

¿Pero tal vez necesitas que te ayude? el ronco susurro de las preces ¿no enreda tus pasos?

Tal vez desearías que te pasara el rebozo, estabas tan débil, tan fatigada de sentirte ir llamada por los ajenos.

¡Si hubiera una iglesia profunda para encerrarme y pedir algo por ti, si hubiera una iglesia en el mundo!

¿A quién pedir? a quién decirle?

“no la apuren, ha sufrido tanto y luego no puede
vivir dentro de la muerte sin mirarnos”.

He de buscar un monte, una ribera, una piedra de ermita
salvaje en que yo pueda estar solo, de pie en el éxtasis de
la noche inmensa,

sólo frente a los alambrados acechando a los guardianes
en sus rondas,

lamido por silenciosos animales, rondado por los sueños
de los niños

y vea pasar claramente el carro entre las estrellas, la palma
que te conduce ancha como el firmamento.

Y llorar, nada más que llorar, ver como te pierdes en
el mar, como una llamarada entre los témpanos,

y sentir que permaneces, sin embargo,

permaneces como una respiración contenida de la tierra,

llorar y esperar que pasen los años

ý de la cara en llanto salga un destello

y un día venga mi hija corriendo entre la yerba y me

muestre la granada vertiginosa, la paloma encendida, el
sueño arcano

que renace del fondo de la tierra!

Ottawa, Canadá, julio de 1944.

